



HUMANITAS

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
— 2003 —

1933 - 2003 **UANL70** ANIVERSARIO

Edición 30

FUNDAMENTOS Y PROYECCIONES DE LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

Profr. Dr. Agustín Basave Fernández del Valle
Director del Centro de Estudios Humanísticos
De la Universidad Autónoma De Nuevo León

Sumario: 1. Bases y Proyecciones de la Civilización del Amor; 2. Un Nuevo Proyecto para un Nuevo Modelo; 3. La Civilización del Amor no es una Utopía irrealizable; 4. Construcción y Defensa de la Civilización del Amor.

1. Bases y Proyecciones de la Civilización del Amor

Los hombres han querido siempre un mundo mejor, una sociedad más justa, un modo de ser más caritativo y humano. La idea de cambio hacia algo que mejore el modelo actual, que invente un futuro diferente, supone un proyecto de transformación social, económico, político, ético, y religioso. La palabra *utopía* que había servido, por lo menos, para mover hacia un mundo nuevo y mejor, se ha desacreditado y se usa peyorativamente como algo irrealizable, quimérico, fuera de la realidad y del mundo. ¿Cómo lograr la realización de ideales, la "*anticipación concreta de lo que no es pero que podría ser*"? Ciertamente han muerto las utopías redentoras comunistas que prometían el paraíso terrenal en la sociedad sin clases, ha desaparecido el optimismo del progreso lineal en la historia, que desde el siglo XVIII hasta el siglo XX había deslumbrado a tantos ilusos carentes de una seria facultad de análisis y de crítica. Pero

hoy en día que ya no se piensa en cambiar el mundo, en hacer la revolución y en construir un futuro colectivo paradisíaco, gran parte de los jóvenes se han instalado en un *nihilismo cínico*; “la cuota de rebeldía que existe hoy no es acompañada por la ilusión de un futuro diferente”. Vivimos en un mundo que parece cansado; a fines del siglo XX, nos encontramos con muchos y variados síntomas de agotamiento y, en algunos casos, de aburrimiento. “No hay ilusiones”, observa Ezequiel Ander-Egg.¹

Los autores del siglo XX hablaron, insistentemente, del “fin de las ideologías”, del “fin de la historia”, y hasta del “fin de las ilusiones”. Se ha hablado, también, de la “muerte de Dios” y de la “muerte del hombre”. Lo cierto es que las ideologías no han terminado, la historia sigue y las ilusiones persisten a pesar de todo. Si Dios existe no puede morir y si no existe no puede decretarse la muerte de Dios. El hombre no ha muerto, como hombre en la tierra, aunque hayan muerto muchas de sus ilusiones y se haya empobrecido en algunas de sus dimensiones. Kierkegaard buscaba una idea, una sola idea por la cual se pueda vivir, luchar y morir. Esa idea, contestamos nosotros, se encuentra en Dios y sólo en Dios, no en las utopías que han causado una desesperanza generalizada.

El porvenir no es una fatalidad, sino obra de libertad y de esperanza. Si el horizonte está despoblado de esperanzas y vacío de utopías, los cristianos podemos poblarlo de esperanzas y llenarlo de ideales. “Nadie puede enamorarse de una tasa de crecimiento”, decían los estudiantes del mayo del sesenta y ocho francés, pero sí cabe enamorarse, decimos nosotros, de “la civilización del amor por la cual queremos luchar hasta el fin de nuestra existencia”. Se requieren, claro está, cristianos comprometidos, militantes, generosos en el impulso y esperanzados en la construcción de un futuro más cálido, más humano. Si la mayoría de los seres humanos no saben hoy a donde van, ni saben bien qué hacer y qué pueden hacer, vamos a decirles que vamos –y necesitamos su apoyo– a la civilización del amor, con el proyecto del humanismo ecuménico plenario y con la razón, con la fe, con la esperanza que suscita la civilización que todos los hombres desean en su interior, aunque no lo hayan tematizado. Es preciso sacudir el conformismo, la trivialidad, la apatía, y el oportunismo. Empecemos por el respeto del hombre

por el hombre, por superar las injusticias del neo-liberalismo para sustituirlo por el solidarismo cristiano. Dentro de las democracias pluralistas no cabe ser apresado por el pensamiento único, por la reglamentación del modo de pensar y de actuar, por la sofocación de las libertades.

Contra la globalización uniformizante proclamamos una globalización donde exista unidad en la diversidad. El pensamiento humano no puede renunciar a su tarea crítica, pero tampoco tiene por qué permanecer en una crítica destructiva, estéril. Bienvenida la crítica, pero la crítica constructiva. El triunfo universal de la ideología burguesa en versión neo-liberal, pasará a la historia, como han pasado tantas otras ideologías. Lo que no pasa es la sed de una socio-síntesis pacífica y amistosa entre los hombres, el respeto a la dignidad humana que no se reduce al valor de cambio. La rentabilidad de las empresas de los multimillonarios no puede avasallar a los más débiles económicamente, a los más desprotegidos. El Derecho puede poner sitio desde su fortaleza de la justicia a una sociedad injusta que no está hecha para todos los hombres. No queremos uniformización mundial de discursos, la imposición del silencio a una crítica auténtica, la sofocación de la independencia intelectual en aras del *establishment*. ¿Cómo hablar de desarrollo integral y de enfoque unificado con un puro desarrollismo económico, ayuno de los más altos valores de la especie humana?

El modelo vigente de la globalización no es aceptado por los globalifóbicos y por muchas personas más. Se busca un estilo cultural y una meta diferente. Hay un anhelo de retorno a la vida sencilla, a la naturaleza respetada en su ecología. En vez de organizar la vida en torno al trabajo, hoy se pretende, con justa razón, organizar el trabajo en torno a la vida. Se busca una cultura de la solidaridad –yo diría “naturaliter” cristiana–, que aspira a la autonomía de cada persona y de cada grupo, con mayor participación de los ciudadanos para fortalecer la urdimbre comunitaria. Vivimos para algo más que para trabajar. Recuérdese la primacía del ocio sobre el negocio (*nec-otium*, negación del ocio). El misterio órfico y el misterio báquico, los días domingo entre los cristianos, indican esa primacía del ocio fecundo que vuela hacia lo alto. Hablo del ocio fecundo, no de la pereza de muchos estudiantes actuales. Se trata el planeta

tierra con un "pensar calculador", no con un "pensar pensante", en términos de Heidegger. Resulta muy caro a la especie humana olvidar que "todo lo que le ocurre a la Tierra le ocurrirá a los hijos de la Tierra". La explotación ilimitada no se concibe con un planeta limitado. Abundan los medios técnicos pero hay pobreza en los fines desinteresados y últimos. El predominio de la *razón instrumental* debe ceder su puesto a la *razón sapiencial*.

2. Un nuevo proyecto para un nuevo modelo

Es muy fácil hablar de cambio de estructuras. Pero es una empresa muy complicada el ofrecer un nuevo proyecto para un nuevo modelo. En el contexto de la globalización en que vivimos y ante las incógnitas de nuestro siglo XXI, cabe repudiar a esos dioses del siglo XX que son vanos ídolos: el "*free market*" y los "*mass media*". No hay que perder la ilusión de cambiar, pero hay que fundamentarla. No tenemos más que un planeta Tierra y todos somos seres-en-el-mundo. Desde este rincón cósmico, tenemos que asumir la responsabilidad personal por lo que pasa en nuestro planeta. Aunque nuestro esfuerzo individual sea pequeño, no se trata, simplemente, de salvar nuestra situación individual, desentendiéndonos del esfuerzo común y del bien público temporal. No creo que "la única felicidad está en el crear", como lo creía Nietzsche; pero sí pienso que crear para servir a Dios y a los prójimos nos proporciona una legítima fruición. Conuerdo plenamente con Ezequiel Ander-Egg cuando afirma: "La única felicidad plena, y a la vez lo único absolutamente importante, es amar". Esto significa estar a favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad; significa no encerrarnos en "lo nuestro", como si pudiésemos vivir en una isla feliz cuando millones de seres sufren, son excluidos, no saben leer ni escribir. . . en fin, no tienen lo mínimo para vivir con dignidad.

Vivir sin amar es estar situado en el vestíbulo de la nada, en el umbral de la muerte. "Aquel que camina sin amar -nos recordaba Walt Whitman- camina amortajado hacia su propio funeral".² Se formulan múltiples interrogantes vitales a nuestra humanidad, pero la única respuesta satisfactoria ha sido la de instaurar una *civilización del amor*. La humanidad ha ensayado

muchas otras civilizaciones en todos los siglos que nos preceden: las civilizaciones de la guerra, la sola jurisprudencia, el arte, el cultivo de la mente, la "justicia social". . . Ante la incompletud de estos pretendidos satisfactores, seguimos insatisfechos. Y que no se nos venga a recetar la civilización tecnológica actual, ayuna de brújula ética, que nos ha sumido en genocidios, hecatombes humanas y terrorismos. Es preciso cambiar nuestra tabla de valores para poner en la cúspide el valor religioso del amor a Dios y el amor a nuestros semejantes. Bien nos dice el apóstol Juan, sintetizando el mensaje de su maestro Jesucristo: "El que no ama permanece en la muerte".

En las luchas, a veces violentas por la justicia social y por la justicia internacional; en las canciones de protesta y en el clamor de los pueblos para que cese el terrorismo, hay una especie de mensaje palpitante que nos insta a la necesidad del amor. Ese amor verdadero que por no practicarse en las relaciones interpersonales y en las relaciones internacionales nos está llevando a la autodestrucción. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos esperar? Hombres y mujeres tendrán que aplicarse vigorosamente al re-descubrimiento de su auténtica dignidad personal de sustancia individual de naturaleza espiritual abierta hacia los demás. Hombres y naciones tienen que abrirse a los otros hombres y a las otras naciones, tienen que acabar con el individualismo exagerado y con el chauvinismo xenófobo. Lo que podemos y debemos hacer es enjuiciar y dinamizar las fuerzas motrices de nuestro ser y de nuestra conducta. En medio de la confusión reinante, el "instinto" previsor de los seres humanos está ávido de escuchar las voces de los profetas de una nueva era que reaccionan contra una sociedad vacía sin nada significativo que ofrecer a los seres humanos.

Es la hora del discernimiento para tomar decisiones. Estamos en el límite de la resistencia, y la estructura global empíricamente construida e identificada con el neo-liberalismo, amenaza derrumbarse. La clave para la solución de los problemas está en una educación para el amor y no en la ebriedad de la nueva revolución industrial electrónica. No se ha reparado suficientemente que en lo más profundo y radical de la esencia humana hay un núcleo de amor más hondo que las raíces genéticas, aunque éste núcleo sea suprasensible. Se piensa

ingenuamente que la información almacenada en el DNA de cada una de nuestras células está albergado el secreto de nuestros destinos personales. Pero el ser humano no se define por el DNA sino por el amor, porque el amor es un movimiento óntico antes de ser un sentimiento. El *ens amans* no puede realizarse sino amando y siendo amado.

Hay en cada uno de los seres humanos que pueblan la tierra cualidades positivas, importancias objetivas, que suscitan estimación y que pueden convertir al hombre en un promotor de valores. Todo es cuestión de despertar el impulso a realizar valores después de reconocernos. Esfuerzo constante para construir una civilización en donde cada individuo pueda realizarse en su ser como en su quehacer y en su propia perfección. En esta civilización que esperamos con espera esperanzada, no se descuidan los primarios valores vitales que satisfacen los requerimientos más urgentes de las personas: salud, utilidad, alimento, vestido, casa, dinero, divertimento y ejercicio físico. Todo ello asumido de manera conveniente y razonable. Pero no sólo vamos a realizar los valores vitales, sino también los valores psicológicos que orientan a la perfección personal, en desarrollo gradual: Autoestima –que no llegue a la sobrevaloración–, servicio recíproco, comprensión, relación amigable, entrega desinteresada. Se trata no sólo de valores psicológicos, sino también de valores espirituales constituidos por postulados éticos, políticos, estéticos y jurídicos.

Las personas no pueden imponer un tiránico silencio a las preguntas “por qué” y “para qué”. Buscamos todos un sentido último válido para nuestra vida personal. Sin ese sentido último quedaríamos sin respuestas satisfactorias, sin sabiduría vital y sin vecinamiento eterno. ¿Hacia dónde nos dirigimos? La filosofía y la religión son las disciplinas que pueden darnos luces para advertir la inspiración imperativa del ser humano a lo trascendente. So pretexto de laicismo escolar se ha silenciado la dimensión religiosa en la educación de la juventud. ¿Cómo puede haber valores humanos al margen de los valores religiosos? ¿Cómo dar una última respuesta al “para qué” de la existencia y de la vida humana sin acudir a la religión? La verdad, el bien, la belleza trascendente de Dios son y a Dios conducen. El último fin, y no fines inmediatos, intermedios, es el que debe presidir

todas, absolutamente todas nuestras acciones. No es posible actuar finalísticamente, con fines inmediatos, sin relacionarlos de modo conveniente con el fin último.

¿Por qué y para qué voy a actuar para realizar un fin próximo, si este fin próximo no se relaciona favorablemente con el fin último? Uno de los graves defectos de los hombres es que piensan “atolondradamente” en lo que van a hacer hoy o mañana, sin pensar si esa conducta favorece la consecución del fin último que es nuestro Bien saciante. No podemos omitir los valores religiosos de nuestra vida, porque nuestra vida aspira al bien supremo y ese Bien supremo se nos da en la conducta religiosa que colabora con el auxilio que viene de lo alto. Ciertamente los valores supremos son los valores religioso-espirituales que se realizan en la experiencia de cada cual en su itinerario hacia el ser absoluto, eterno y perfecto.

Todos los intelectuales serios de nuestro tiempo están acordes en afirmar que vivimos en una *sociedad estructuralmente injusta*. Ahora bien, en una sociedad estructuralmente injusta, el ciudadano no puede ser cabalmente sujeto de los más altos valores del hombre y de la sociedad. No hay cambio en la sociedad sin cambio en el hombre. Si la sociedad se mejora –y todos lo deseamos– se mejora el ser humano. Pero, ¿cómo puede mejorarse el ser humano sin valores que estén en el ámbito personal y social? La corrupción a todos los niveles es la cloaca de esa historia enervante y autodestructiva. Imposible escatimar los valores al servicio del cambio social, si se desea, realmente, un mundo mejor. Es preciso darle al amor su auténtica dimensión comunitaria social. El porvenir del hombre depende del primado de una cultura ordenada que enarbole la primacía del espíritu.

3. La civilización del Amor no es una Utopía Irrealizable

¿Qué es la civilización del amor? *Civilización significa un conjunto de valores y disvalores que configuran y expresan la cosmovisión de una comunidad humana*. El pensar, el sentir, el querer, el creer y el actuar de una sociedad, configuran una civilización que puede recibir el nombre de “civilización del amor”, siempre que el afecto vivo, benevolente y promocional

que profesa el hombre a Dios y a sus prójimos se enseñoree de esa civilización. “La civilización del amor es el anhelo y el proyecto, no la utopía del cristiano. La civilización del Amor –apunta el escritor Rafael Checa– es en definitiva el Reino de Dios que ya inauguró Jesús con su Muerte-Resurrección. Si tomamos en cuenta que la esperanza del cristiano es escatológica pero también histórica, es humana pero al mismo tiempo teologal, no podemos menos de suponer un compromiso serio para la temporalidad en la que se forja el Reino de Dios. El cristiano se siente comprometido y empeñado en este mundo para hacerlo mejor”³.

En este anhelo de forjar un mundo mejor, los cristianos nos sentimos unidos con todos los hombres de buena voluntad, de las diversas religiones que hay en el planeta y que buscan, como nosotros, una socio-síntesis pacífica y amistosa. Sólo cuando el amor es la tónica dominante, el ingrediente superior de una comunidad, cabe decir que hemos llegado a una civilización del amor. Se podrá decir que nuestro mundo es un mundo contradictorio, exasperado por los odios y lacerado por el terrorismo y las guerras. Pero también cabe afirmar que en este mundo paradójico sólo ese *Reino de Amor, de Justicia y de Paz*, anunciado por Jesucristo, constituye la civilización anhelada por todos los hombres de buena voluntad y de mente despejada. La tarea que nos espera, en la reestructuración social cuya base está en el amor, es muy grande. Se exigen unos valores del espíritu que configuran la escala mayor. Más allá del ansia de poder, de la fascinación del placer, de la ambición del tener, está el afán de plenitud subsistencial, el anhelo de perfección, el hambre de eternidad, la sed que sólo la felicidad ultraterrena puede calmar. Mientras tanto, la milicia de los intelectuales al servicio de la civilización del amor tendrá que luchar contra la injusticia, contra la opresión, contra la esclavitud de toda índole.

Amemos como anhelaríamos ser amados por los demás. Si todos somos semejantes y prójimos, ¿por qué no habríamos de amarnos? En esta sociedad donde privan las desigualdades sociales y la injusta distribución de la riqueza, menester es amar a los demás, sin excluir a los enemigos, amando especialmente a los que más sufren. El amor es un darlo todo, hasta la vida personal, pero no solamente es un dar, sino un darse a sí mismo

hasta que duela –como decía la madre Teresa de Calcuta–, hasta el agotamiento. Un amor que no espera respuesta, que no pide recompensa, que da con pleno desinterés y que no mide distancias. ¡Pobre de aquel que no esté convencido de que el valor supremo de la vida es el amor de Dios y del hombre! El hielo de la indiferencia sólo se puede deshacer con un corazón humano que ame sin límites y sin descanso. Sólo en la civilización del amor se desvanecen los pretextos para la injusticia, caen por tierra las barreras del odio, adviene la fraternidad y se comparte generosamente lo que se tiene. “El amor da paso inmediato a la justicia”, dice luminosamente Rafael Checa⁴.

En la base de la estructura del Reino de la Justicia entre los hombres está el amor que produce la justicia. Porque la civilización del amor es justa, supera las carencias más urgentes del ser humano: alimento, vestido, salud, casa, libertad y cultura. Urgencias que constituyen derechos fundamentales de los humanos y que emanan de los postulados básicos de la dimensión jurídica del hombre y del Derecho Natural, nos instan a construir una sociedad sobre la base de la igualdad humana esencial y del mundo al servicio de todos.

Todos los hombres somos iguales por naturaleza, por origen, por destino; por lo tanto no cabe discriminación racial, por color de la piel, condición social, posición económica, estado de salud física o mental, situación cultural, postura ideológica, credo religioso o posición política. Todos los bienes de la tierra están puestos por el Ser Absoluto, por la Suprema Realidad Irrespectiva, para todos los hombres. Los bienes terrestres no son para un Estado más poderoso o para una raza más fuerte. El equilibrio entre la creciente población del globo y la producción de alimentos propios para el hombre, tiene que ser fundado para evitar el hambre, las masas miserables, la insalubridad, la incultura, que son una vergüenza para la sociedad contemporánea, un oprobio que clama justicia al cielo. Las carencias sociales se dan porque ya no existe la vigencia de los valores humano-cristianos. Hay que vivir esos valores y proyectarlos después en la comunidad. Sin la promoción de valores no hay factores decisivos para el cambio.

Consiguientemente, promovamos los valores humano-cristianos para instaurar la civilización del amor.

¿Cómo instaurar el Reino de la Paz? La respuesta es sencilla: la paz sólo se da cuando existe un orden justo. La paz, dicho de otra manera, es fruto del orden justo. Todas las latitudes de la tierra, en la globalización que actualmente vivimos, claman por la paz. Los pueblos de Occidente y los pueblos de Oriente sufren la crueldad del terrorismo y de las guerras que causan daños a la población civil: mujeres, niños, ancianos. En el interior de la conciencia humana, cristianos y musulmanes, no fanáticos, exigen la paz. La paz como armonía de las relaciones humanas en todos los niveles: interpersonal, familiar, social, estatal e interestatal. La paz como tranquilidad en el orden, como justa concordia entre los hombres, es entendimiento mutuo por encima de diferencias ideológicas. El ser-todos-juntos-en-el-mundo nos impone un caminar en paz para conseguir objetivos históricos inmediatos y supremos. Colaboración, ayuda mutua en empresas, sinceridad en las negociaciones, beneficio compartido, todo eso contribuye a una paz activa y duradera.

Paz como factor decisivo de progreso axiológico en lo personal y en lo comunitario. Paz constructiva que concilia y no destruye, que acepta al otro como es y no lo odia, que busca la felicidad para todos y no la desgracia. Hombre y sociedad están comprometidos en esta tarea que supone educación, salud física y mental, integración sin marginados, hogar para todos, cercanía del hombre hacia el hombre para construir un ambiente cálido, acogedor, donde cada quien puede decir su palabra leal. Sin esa paz justa, activa, duradera por amorosa, no cabe construir la civilización del amor que todos los hombres, díganlo o no, anhelan desde el hondón de su alma.

No será perfecta, ciertamente, porque ninguna obra humana lo puede ser, pero sí será un Reino de Justicia y de Paz incendiado por el amor. He aquí un programa completo para llegar a la meta: 1) Asegurar la presencia de valores (entre ellos y de modo sobresaliente la plena libertad religiosa); 2) Respeto, en el modelo desarrollista, a la dimensión personal que nunca puede perderse; 3) Tutela del derecho a la vida, desde el embrión hasta la muerte natural, 4) Promoción de la familia amenazada hoy en día por dictaduras y por la falta de responsabilidad moral; 5)

Pluriculturalismo enriquecedor; 6) Preservación de los ecosistemas amenazados por la voracidad de hombres y empresas. Los cristianos y los hombres de buena voluntad de todas las grandes religiones podemos dar testimonio y constituirnos en la levadura de esa civilización del amor, –justa, solidaria y fraterna– a la que cada uno de los habitantes de este planeta aspiran.

No hay más que un solo Ser fundamental y fundamentante, una sola suprema Realidad irrespectiva. A ese ser debemos darle todo nuestro ser todo nuestro corazón y toda nuestra vida, en alianza de amor, en entrega renovada. Llamamos a nuestros prójimos y a nuestros semejantes por amor a Dios que nos hizo semejantes. El llamado a la civilización del amor, con opción preferencial por los pobres y por los marginados puede ser acatado como vocación o desoído como rebeldía. En esa decisión nos va nuestra felicidad o nuestro fracaso radical. Ese llamado a construir la civilización del amor no es un llamado débil, ineficaz, quimérico; sino un llamado vigoroso, eficaz y factible. Se piensa estultamente que la violencia es el único camino en la historia que logra los cambios. No podemos negar que en algunos casos haya sido la violencia la que consigue –a costa de la muerte y la desolación– cambios carentes de latido amoroso. El hombre no se caracteriza ópticamente por la fuerza bruta, sino por la razón y por el amor. *Todavía no hemos estrenado la fuerza del amor, ha dicho algún latinoamericano ilustre.* Ciertamente estamos rodeados de temores, violencias, venganzas, desconfianzas, pero tenemos el don de reconciliarnos, de saber perdonar. Sólo viviendo la integridad del amor –incluyendo a los enemigos– podremos construir todos juntos la civilización del amor.

En el interior de los pueblos de todas las naciones se advierte un vigoroso y grande anhelo de unidad, un retorno a la verdadera comunidad internacional que delineó magistralmente Francisco de Vitoria. Sólo en esa comunidad interestatal donde rige el bien público internacional se pueden romper todas las barreras de indiferencia y de odio, sólo así se puede construir una Organización de Naciones Unidas más justa, más solidaria y más amistosa. ¿Acaso la Organización de las Naciones Unidas, como antes lo fue la sociedad de naciones, no son una simple traducción jurídica de los deseos de paz que alberga la auténtica

"República del Orbe". Con una relación honesta entre los hombres, basada en la verdad, esa auténtica libertad nos hará libres. Profundizamos en la verdad sobre el hombre y sobre el mundo para ser mejores hombres con los hombres y mejores seres en el mundo. Tomar los grandes caminos de la historia para forjar una civilización del amor, es privilegio de seres humanos cabales. No desconocemos que a través de toda la historia del hombre se lleva a cabo una lucha en el mismo hombre, por el hombre y por Quien hace que haya vida y nos trajo a la existencia por amor.

El siglo XXI sigue siendo un campo de batalla donde se libra esa lucha *entre la Ciudad de Dios -la civilización del amor- y la ciudad terrenal que vive gravitando en torno del tiempo y de la nada*. Sólo los desagradecidos caen en la tentación de enlodar su imagen y semejanza al creador y Redentor y de rechazar a Dios para arrastrarse, como reptiles, con la vana pretensión de morar este cosmos como "*si Dios no existiera*". A pesar del terrorismo y de la guerra que actualmente vive nuestro mundo, nunca será tarde para colaborar en la obra de fraternidad entre los seres humanos y entre los pueblos. Juan Pablo II, desde su alto sitio, nos insta a construir un mundo nuevo: "Os corresponde pues, a vosotros, la misión de asegurar en el mundo futuro la presencia de valores como la plena libertad religiosa, el respeto a la dimensión personalista del desarrollo, la tutela del derecho a la vida, la promoción de la familia, la valoración de la diversidad de culturas con miras a un enriquecimiento recíproco y la salvaguardia del equilibrio ecológico amenazado por peligros cada vez más graves".⁵

Ciertamente estamos rodeados de temores, violencias, venganzas, desconfianzas, pero tenemos el don de reconciliarnos, de saber perdonar. Sólo viviendo la integridad del amor -incluyendo a los enemigos- podremos construir todos juntos la civilización del amor.

4. Construcción y Defensa de la Civilización del Amor

Los promotores de los valores espirituales tenemos una tarea decisiva y una colaboración importante en la construcción de la civilización del amor. El punto de partida son los valores

humanos para el cambio social proyectado. Antes de ese cambio social se requiere el cambio del hombre. Individuo y comunidad interactúan en forma provechosa, siempre que los sujetos de los valores, que son los seres humanos, los encarnen y los vivan en sociedad. Los escépticos piensan que esa civilización del amor es una quimera irrealizable. También se pensó en Michoacán lo mismo, cuando Vasco de Quiroga, el querido y entrañable *Tata Vasco*, emprendió su reforma, desarrollando personalmente la *Utopía* de Thomas More. Lo que en Europa fue imposible, en México se hizo realidad. Que no se nos venga a decir entonces que la civilización del amor es una quimera irrealizable. El hombre, *ens amans*, está abocado al amor, no al odio. Sólo cuando se desnaturaliza, cuando se deshumaniza, vive en una miserable casa del odio y del rencor.

La civilización del amor se construye desde el corazón mismo de cada persona humana que quiera llegar a su cabal desarrollo individual y social. Está muy bien que se hagan las necesarias renovaciones de leyes, de instituciones, de políticas, pero sin el cambio en los seres humanos resultará frustrado el proyecto. Confiamos más en los hombres que en las instituciones. Las instituciones sólo son auxiliares de las personas honestas en la construcción de la civilización anhelada. Cada persona tiene valores auténticos que pueden ser aprovechados en el esfuerzo común. Por supuesto siempre son necesarios los líderes que animen espiritualmente y promuevan los valores necesarios de realización para llegar al modelo de la civilización del amor. Todos los recursos operativos del proyecto entran en acción desde la conciencia humana que sigue el imperativo de marchar hacia un mundo mejor. Los pasos de los promotores en el proyecto de la civilización del amor son los siguientes:

1. Conocimiento de la sociedad en que se vive.
2. Evaluación de los elementos positivos y los elementos negativos para rescatar todo lo rescatable.
3. Selección de medios que configuren el proyecto que apunta al modelo deseado.
4. Puesta en acción del proyecto con firme y perseverante decisión.

Los líderes o guías que animan a los pueblos tienen la misión de auxiliar a las personas para esclarecer su vocación, para instarlos a que den una respuesta de fidelidad a esa vocación y para señalarles su misión dentro de la construcción de la civilización del amor. Vamos a empezar por apresurar en México el momento de la venida de la civilización del amor, para proseguir, después, en América Latina y en el mundo.

Es posible que existan sueños irrealizables, pero la civilización del amor no es un sueño irrealizable. Vivir en suspenso atómico con el miedo prendido a las entrañas, por la guerra o por el terrorismo, no es la única forma de vivir ni puede demostrarse jamás su necesidad. Con buena voluntad de los gobiernos, las industrias bélicas pueden convertirse en fábricas de alimentos. Basta de espionajes bélicos y de satélites de inspección, de bases espaciales de lanzamiento y de pruebas atómicas, de fabricación de armas químicas contaminantes y de invasiones que vulneren el Derecho Internacional. El mundo está dado a los hombres, por su creador, para que lo habiten como hermanos, sintiéndose creaturas del mismo Creador. San Agustín nos hablaba de la Ciudad de Dios y del hombre donde reinaba el amor en comunión íntima de personas y de familias. Fray Francisco de Vitoria nos habló de la República del Orbe en donde el mundo entero, vive espontáneamente, sin discriminaciones y sin fronteras nacionales, con participación de todos para el bien público internacional.

La Ciudad de Dios agustiniana y la República del Orbe vitoriana pueden ser llamadas, con razón, la Civilización del Amor. En esa civilización no caben la explotación del hombre por el hombre, el consumismo delirante, la incitación al libertinaje moral. Postulamos la cultura de una libertad dentro del orden, que no se desfleca; la cultura de la sociedad pacífica y pacificadora en sentido activo. ¿Por qué no habría de haber una unión plural, armónica, justa, respetada y digna? ¿Es que no se puede trabajar por el amor, por la verdad, por la justicia y por la democracia de inspiración cristiana a nivel universal? Todos los que no hemos perdido la esperanza de un mundo mejor y de una socio-síntesis pacífica y amistosa, sabemos que la civilización del amor puede ser construida y preservada.

Notas Bibliográficas

¹Ezequiel Ander-Egg: "Reflexiones en torno al Proceso de Mundialización Globalización", Editorial Lumen-Humanitas, P-77. Argentina, 1998.

²Ezequiel Ander-Egg: *Opus Cit.* p. 92.

³Rafael Checa. Coordinador del libro en colaboración intitulado: "Valores Humanos. Cambio Social. Civilización del Amor", Pp. 180-181. Centro de Estudios de los Valores Humanos A.C., México, 1986.

⁴Rafael Checa: *Opus Cit.* p. 182.

⁵Juan Pablo II: Homilía en la Misa de la Asunción 15.8.91, "He aquí un Nuevo Pentecostés", en el Libro, "Habéis recibido un Espíritu de Hijos", p. 36, Servicio de Documentación No. 25. Ciudad del Vaticano. 1993.